

durante su carrera, no le faltarán molestias, contradicciones y disgustos; y tal vez no llegué á recoger, acá en el mundo, el fruto del trabajo que ha emprendido por la gloria de su Padre; mas ¿qué valen estas penas y dolores, cuando el alma que tiene el don de la piedad, sabe hallar á cada instante el dulce y amoroso seno del más tierno y amable de los padres, que la consuela en todas sus fatigas, y la llena de virtud y gracia?

Sin embargo de tan bellos y elevados sentimientos, con frecuencia, desgraciadamente, nos olvidamos del amor de Nuestro Padre, y nos separamos y marchamos á retiradas tierras para entregarnos libremente á placeres criminales; pero aún aquí en este desgraciado sitio, la lejanía de Dios, escuchamos una voz más dulce que la voz del amado discípulo cuando iba siguiendo á un hijo perdido: ¿Por qué huyes de los brazos de tu Padre? nos dice en el fondo de el alma, el Señor. ¿No eres para Mí, Efrain, el hijo querido, el niño que Yo he criado con ternura?..... Entrégate á las amarguras de la penitencia: convierte tu corazón hacia el recto camino por donde anduviste: vuelve, oh pueblo mío, vuelve á tus ciudades. ¿Hasta cuando estarás estragándote en medio de los deleites? (1) Al oír tan amorosas y sentidas voces, de ternura se conmueven las entrañas, y semejantes al pródigo del Evangelio, suspiramos por la casa del buen Padre; nuestra misma desventura vuelve más ardiente los deseos de verlo; comparamos las desgracias que sufrimos, con las delicias que en otro tiempo disfrutamos en su amable compañía; y entre sollosos que arranca el infortunio,

(1) Hierem. XXXI. 20—22.

exclamamos: ¡Cuántos jornaleros en casa de Nuestro tierno Padre, tienen cuanto han menester; mas nosotros lejos de su presencia morimos de hambre! (1)

Ved aquí las maravillas de la dulce y amable piedad, las santas memorias que dejó al partir del corazón que se ha extraviado. Aún en medio del desorden, y casi sin pensarlo, tomamos en los labios el dulcísimo nombre de Nuestro Padre, y recordamos, la casa en que vivimos tan dichosamente en otro tiempo. ¿Pero en tales circunstancias, es nuestro Padre el Señor? Ciertamente que no somos dignos de llamarnos hijos suyos; mas con todo, no desconocemos sus entrañas de piedad y de ternura: un padre como Dios no se olvida de sus hijos. ¿Quereis la prueba? Aquellas expresiones que hemos escuchado en el fondo del alma, nos descubren su abrasado amor, y nos convidan á la amarga penitencia; y aquellos brazos, abiertos para recibirnos, demuestran que en vez de olvidarse un solo instante de nosotros, continuamente nos está llamando, y quiere que volvamos á su casa teniendonos por sus hijos: Mi hijo habia muerto y ha resucitado; habia perecido y lo encontré.

El don de la piedad ha echado profundas raíces en el alma, y por esto no se borran de nosotros enteramente sus dulces afecciones; y así, cuando Dios toca el corazón y dice que nos ama como hijos muy queridos, llenos de ternura y sollozando exclamamos: Él es Nuestro Padre, amable y cariñoso cual ninguno. Y luego volvemos á sus piés llorando de dolor y de amargura, y Él nos recibe y nos perdona. ¡Bendita sea mil

(1) Luc. XV. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

veces, su bondad inmensa!

La piedad volviéndose á los hombres y descubriendo las miserias y dolores que á cada instante los oprimen, se siente conmovida, y llega al colmo su ternura, al escuchar estas palabras santas: Lo que hicisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. (1) Esa voz es la voz de Jesus, y por esto, desalada corre la piedad en busca de miserias y dolores. El buen Jesus sufre y padece en cada uno de los hombres sus hermanos, y recibe alivio y consuelo, al recibirlo tambien sus hermanos. Y siendo esto así, ¿dónde habrá un dolor que no conmueva nuestras almas, ó una miseria que no intentemos socorrer? Llevamos pintado el interes más vivo en el semblante, por los hermanos de Jesus; y sufre el corazón las mismas penas que padecen ellos, y en medio de crueles angustias exclama sollozando: ¿Quién enferma que no enferme Yo con él? ¿Quién se escandaliza, y Yo no me abraso? (2) Y cual si no fuese dable sostener por más tiempo el inmenso peso de amor que llevamos en el alma por los hermanos del Divino Maestro, les decimos: Dios nos es testigo de la ternura con que á todos os amamos en las entrañas de Jesucristo. (3)

La piedad reúne delante de sus ojos todas las miserias de los hombres para socorrerlas, y éstas se agrupan á su rededor: allí están el hambriento y el que tiene sed, el desnudo y el peregrino, el enfermo y el preso; el cautivo que pide redencion, y aún los mismos muertos se acercan pidiendo sepulcro: acércanse tambien, el ignorante y el extraviado; el que necesita un consejo, y el

(1) Matth. XXV. 40. (2) II. Cor. XI. 29. [3] Philip. I. 8.

triste á quien es indispensable consolar; el hombre que ha recibido una ofensa, y en fin, los vivos y los muertos en demanda de oraciones y sufragios; y la piedad, llena de compasion y de ternura, da de comer al hambriento, y presenta la bebida al que tiene sed; abre al peregrino las puertas de su casa, y viste al desnudo con su propia ropa; cura al enfermo, y visita al que se halla encarcelado; redime al cautivo; y semejante á Tobías, carga con los muertos y los lleva á sepultar; derrama la luz de su doctrina disipando las tinieblas del ignorante; corrige al extraviado, y habla palabras de verdad y gracia, al oido de aquel que necesita direccion y esfuerzo; abre su corazón al afligido y lo consuela con tiernas expresiones, y en todos sus dolores toma parte; ablanda el alma endurecida del que recibió alguna ofensa, y lo hace que perdone á su enemigo; y levantando, en fin, su plegaria hasta el trono del Señor, una y otra vez le está rogando por los vivos y los muertos.

¡Oh cuán bella es la piedad, cuán bella es! continuamente está ocupada en el culto de su amado Padre, y en hacer el bien á sus hermanos. Y sin embargo de las grandes obras que ejecuta dia por dia, vive siempre en la humildad, sin olvidar estas palabras del Señor: Despues que hubieres hecho todas las cosas que se os han mandado habeis de decir; somos unos siervos inútiles; no hemos hecho sino lo que debiamos de hacer. (1) Y estas de San Pablo que á la humildad añaden la confianza: No somos suficientes por nosotros mismos para concebir algun buen pensamiento, como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios,

[3] II. Cor. III. 5. (1) Luc. XVII. 10.

y Dios mismo es el que nos ha hecho idóneos para ser sus ministros. (1)

Al pensar en el Espíritu Divino, y al vernos en seguida tan llenos de miseria, la piedad nos viene á consolar: Él es, nos dice el Padre de los pobres; y al oír tan dulce y amoroso nombre volamos hacia Él, y delante de sus ojos ponemos la pobreza de nuestra alma. Él es rico para todos los que le invocan, y nos dará el socorro en cuanto hemos menester: su bondad de Padre lo inclina á darnos el auxilio; la ternura de hijos nos inspira amarlo; lo amamos con todo el corazón; Él es nuestro querido y dulce Padre; lo amamos, y al decirlo, sentimos derretido el corazón: la piedad nos conmueve y arranca de los ojos lágrimas de amor. Esta es la ofrenda que hoy y siempre traeremos al altar de tan tierno y bondadoso Padre, á quien sea la gloria y el honor eterno en los cielos y la tierra.

CAPÍTULO XXI.

§ I.

CONCLUYE EL ANTERIOR.

Dios es luz y en él no hay tinieblas ningunas. Y también: El Señor es el Dios de la ciencias. (2) Tratemos, pues, de la ciencia, que es don del Espíritu Santo, don que nos mueve para formar un juicio recto de lo perteneciente á la fe, haciéndonos distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal. (3)

La ciencia que se nos comunica por el don de que tratamos, es aquella por la cual, dice San Agustín, la fe verdadera se engendra, se nutre, se defiende y se fortalece. (4) Y siguiendo su divina inspiración, juz-

[1] II. Cor. III. 5, 6. [2] I. Joann. I. 5.—I. Reg. II. 3. [3] Viguier. c. 13. [4] De Trinit. L. 14 c. 15.

gamos según las reglas de la ley eterna lo que tenemos que obrar. Se dirige principalmente al conocimiento de la verdad; pero también se extiende á la práctica. Ciencia de que hallamos escrito lo siguiente: Condujo el Señor por caminos seguros al justo, y le mostró el reino de Dios, y le dió la ciencia de los santos. (1) Tal ciencia es un hábito infuso, nos dice el Seráfico Doctor, por el que formamos juicio cierto acerca de la fe y de las obras; es una luz que descende de lo alto y se nos comunica por Aquél Divino Espíritu, que todo lo escudriña y penetra, y enseña toda verdad. (2)

El don de la ciencia derrama su luz sobre las ciencias adquiridas por medio del estudio; así cuando nosotros aprendemos en los sabios de la antigüedad las enseñanzas que nos transmitieron, el don de la ciencia nos descubre, que Dios las reveló por nosotros, á quienes estaba reservada la plena manifestación de la verdad. [3]

Ilumina también el don de la ciencia, nuestras almas, para entender la divina Escritura; y se extiende por último, á las ciencias morales. [4]

Tan precioso don es necesario á nuestras almas, cuyo manjar verdadero es la ciencia; así como el hambre que sin ella padecen, y la esterilidad, son los vicios. (5) Y en efecto, ¿quién no siente que su alma se enflaquece y debilita, cuando no se alimenta con el manjar de la verdad? Mas el don de ciencia se la manifiesta, y luego la deja tanto más gustosa y satisfecha, cuanto más hermosos y profundos son los conocimientos con que la enriquece. Oigamos siquiera un instante el len-

[1] Sap. X. 10. (2) Hic. (3) Hugo. In prol. Hierarch. (4) D. Bonay, hic. c. 2. (5) D. August. De Vita. beata.